

pliegos sueltos de
La Estafeta

69



LAS OTRAS HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

Mi ideal de escritor: Escribir sólo cuando uno tenga necesidad (espiritual) de hacerlo, aunque estimulando cada día con el pensamiento, con el sentimiento, con la vida misma- esa necesidad. Entonces, olvidarse de todo cuanto otros hayan escrito antes y despreocuparse de lo que otros puedan escribir después. Negar los géneros y las clasificaciones. Comprarse una carpeta -la propugno amplia, agradable al tacto, me gusta el color crema- y dejar que se vaya llenando de versos, improperios, aforismos, artículos de periódico, diálogos de novela decimonónica y fragmentos de novela experimental, apuntes de conversaciones cogidas al paso y argumentos para cuentos imposibles.

(De cuando en cuando, la colección alivia su peso y los lectores nos comparten. Pero duele olvidar exageradamente aquellas otras hojas que no alcanzaron su perfil definitivo. Si es que en literatura -en cualquier cosa que sea- hay algo de-fi-ni-ti-vo.)

ESCENA PARA NADA (EN JAEN)

En el castillo de Santa Catalina (parador de muchas estrellas) trabaja un trío de hombres a la caída de la tarde apretada de sol. El principal es gordo, camiseta de tirantes sobre la piel oscura, boina negra, largo lápiz rojo plano en la oreja derecha. Un oficial ayudante que le va dando los azulejos, torsos desnudos, gorrilla blanca. Un pinche de unos quince años vestido como cualquier rapaz de cualquier barrio.

Antes los albañiles decían cosas terribles, desde sus andamios, a las mujeres. Y cuando era verdaderamente antes, a los curas. Ahora:

EL MAESTRO. ¿Y eres del mismo Jaén, niño? EL PINCHE. De Alcalá la Real. EL OFICIAL. Lo dice el pollo con soberbia. Ahí va eso. De Alcalá la Real. EL MAESTRO. Ea. ¿Y no es de ahí mismo el fenómeno ese, el gibaíllo de cesta y puntos?



EL PINCHE. Pared de mi casa. EL MAESTRO. Pues qué tío, lo que sabe. Buen instituto debéis tener. EL OFICIAL. Lo tendrán los ricos. EL PINCHE. Y yo si quisiera. EL MAESTRO. A ti te gusta el arte, vaya. *(Toma una pieza con mano segura, la perfecciona cortando y rayendo con la herramienta de la otra mano, ya está lista, colocada, pegada.)* ¿Eh? Cuando hagas esto, a hacer casas a Torremolinos. Hoteles. EL OFICIAL. Y del tajo, a las hembras. Al sobresueldo. EL PINCHE. *(Vergonzoso.)* Venga ya. *(Se acerca a la sombra y arrima el morro a un botellín de coca cola.)* EL MAESTRO. Cuando yo era pinche, ¡pinche el agua!, ¡pinche, el ramplús!, ¡pinche, la cajetilla! Ahora el pinche a aprender mirando y a beber de refrescos.

Siguen los tres en la obra de azulejado. Describir el paisaje al fondo, olivos. Se advierte un ritmo decreciente en la tarea. Terminan.

EL OFICIAL. Con Dios. *(Petardea su moto.)* EL MAESTRO. *(A solas con el pinche. Más abierto.)* En Alcalá la Real hay la gente más lista, niño. Yo trabajé siendo mozo en una casa principal, con aquellos techos altos que eran una gloria. Pues los chicos de aquella casa, en cuanto salían del instituto, hala, registradores de la propiedad. Todos para eso de registradores de la propiedad.

Atardecer esteticista. El maestro frota con afecto torpe y enérgico la cabeza despeinada del rapaz, arrancándole un polvillo limpio que puede verse desde mi terraza pudiente.

EL MAESTRO. Ahora te bajas conmigo en el seiscientos. Estará mi niño subiendo a buscarme. Eh, qué te parece. Nada de motos. EL PINCHE. ¿Y usted no lo sube nunca, el coche? EL MAESTRO. Bah. *(Confidente.)* Mira, yo ya no estoy para esos aprendizajes. EL PINCHE. *(Muy bajo.)* Pero nadie alicata como usted. EL MAESTRO. Ea.

El pinche entiende que aquí el «ea» es concesivo, vamos, que el maestro acepta que sí, que él alicata mejor que nadie. Cuando han dejado en orden todos los telares, se marchan. Los veo alejarse y ya sin desigualdad en el trato, como dos hombres absolutamente compañeros. Me inclino sobre el antepecho castellano falso, siguiéndoles.

EL MAESTRO. Pues eso, en la casa aquella de Alcalá, es una historia que si te cuento, estábamos ...

EN PENDIENTE DE REVISION

Amistoso, Eugenio, en su libro sobre la novela española me llama autodidacta: «brillante autodidacta». ¿Pero quién, en cuanto escritor, no es autodidacta? Enseñan a algunos griego, latín, filosofía, gramática... Pero a crear escribiendo, lo que se dice crear...

* * *

Lo «recargado de adornos, expresivo en exceso, de más forma que fondo» (algunas

características del barroco), me da sensación de asma. Como dormir en una alcoba rococó.

* * *

Lo burgués no quita lo valiente.

* * *

«Escribir -decía Goethe- es un abuso de la palabra.» Pues qué pensar- digo yo- de tantos escritores como abusan de ese abuso.

* * *

No me es simpático el «full-time», ni siquiera en los clásicos. Garcilaso hizo poesía además de la guerra, Herrera sólo poesía. Garcilaso me habla desde una fuente que corre, Herrera desde un sarcófago de mármol, aunque bello.

* * *

En literatura (y en todo), los jóvenes detestan a sus padres, soportan a sus abuelos, y a veces alaban a sus bisabuelos. Y es ley de vida, ley felicísima, que no piensen en que ellos mismos serán muy pronto padres, y abuelos, y bisabuelos...

* * *

PROYECTO PARA «UNA HISTORIA DE HORROR»

Mejor para «Un pequeño horror». Quirófano. (Ambientarse en la Concepción.) Comienza el relato con la llegada del profesor, elegante, un tanto distante. Un hombre sobre la mesa de operaciones, ya preparado, todo está preparado para que el profesor no pierda un minuto, es reconocido de modo rápido y experto. El profesor comienza. Inútil intentar sorprenderle un gesto de emoción. No. Un cirujano no tiene que sentir emoción. Claro que el caso. Muy pronto, dueño de la situación, convierte el acto quirúrgico en lección magistral. Aquí me parece decisivo el aspecto técnico del problema de una restauración de ese tipo, explicaciones sobre a qué nivel se produjo la agresión, los vasos causantes de la hemorragia y mil cosas. Todo gradual, sin que el lector, por lo menos el profano, advierta antes de tiempo el órgano de que se trata. Ya lo irá deduciendo. Insinuar- ¡ajo!, en el momento adecuado- que el daño ha sido hecho con los caninos. Lo casi cercenado, allí sobre la blancura aséptica, bajo los focos, muestra un aspecto ínfimo, encogido, «un pequeño horror».

Hay un ayudante (todo el relato podría hacerse a través de este personaje secundario), él piensa en los que están esperando afuera. A él, no sabe por qué, lo mandan siempre a consolar o informar o advertir a las familias que esperan. Podría ser uno de esos jóvenes que tienen poco éxito

con las mujeres, pero que acaban sirviéndolas de confidentes. El profesor, lo saben todos, posee un gran angular visual y la facultad de aprovecharlo: «¡Cojan a ese hombre!» Una alumna que se conserva entera-el profesor no se ha movido, no ha dejado de mirar el campo operatorio sujeta a un compañero recio que se va a desmayar. Todo sigue como si nada. Aquí lección de Roa sobre aquello que me contó un día, algunas emasculaciones históricas, lo va describiendo el profesor mientras trabaja con manos precisas.

Afuera, en la espera tensa de esos lugares, hay tres personas. Una mujer joven. Fina, delicada de cuerpo, pero con un rostro relevante, facciones marcadas, que se sobrepone a todo. Son de un pueblo (fue el ayudante quien los recibió al llegar la ambulancia), una burguesita modesta, desde luego. No fuma. Está su madre. La señora tiene una altivez estirada, el gesto de una mujer decidida a afrontar de urgencia. Hay un hombre de edad, deshecho, no se quita la mano del rostro. No sabemos si no quiere que lo vean o si él mismo no quiere ver. Las dos cosas.

Dentro, el profesor resume. El paciente salvará. En cuanto a la función... «Alguien tendrá que ver a esa gente.» «Anote, enfermera, el parte forense.»

Sale el ayudante segundo: -Vivirá.

La mujer joven se ilumina. Fugacísima. Luego debe de pensar algo de increíble espanto. Luego se levanta despacio y marcha hacia la puerta. El que le dijo la noticia se da cuenta de que ha estado mirándola a la boca, sin querer. Nadie detiene a la mujer. Ya en la puerta, antes de perderse hacia los pasillos indiferentes, tiene una risa que hiela, luego un llanto corto y peripatético, y la insolente virtud del narrador le permite saber que ella no volverá a los suyos nunca, nunca, porque todo ocurrió en la promiscuidad oscura esa misma noche, ahora vendrá la mañana, con el despertar estará creciendo en el pueblo el mote obscuro, carnicero -ella lo sabe, lo pronuncia con temblor masoquista, sílaba tras sílaba- que ya siempre será su verdadero nombre. Y ponerlo, el mote, si la censura



DE ENTRE LOS POEMAS

Era yo niño y me inventaba el mundo. Apenas una rama y ya mi espera soñaba bosques, nada más regato y el mar me ensordecía en cada piedra.

Volví del mundo. Lo reduje a patria de límites amantes y bandera. Y volví de la patria, aunque podría llorarla de memoria toda entera.

Región

comarca

pueblo

punto

casa:

voy de la historia grande a la pequeña.

Pero aun la casa sobra. Un árbol y un pedazo de tierra.

Quito el árbol.

